

VII Jornadas de Sociología de la UNLP  
“Argentina en el espacio latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales”  
La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre de 2012

Mesa 3: Las aventuras de la dialéctica. Teoría sociológica y marxismo occidental.  
Coordinadores: Alberto Pérez - Gisela Catanzaro

***Marxismo occidental: vicisitudes de una topografía.***

Marcelo Starcenbaum  
(UNLP / IdIHCS-CONICET)

*“La historia intelectual del comunismo, aún y sobre todo para un marxista, no es indiferente: es uno de los detectores de la realidad comunista”*  
Maurice Merleau-Ponty

I.

La historiografía del marxismo occidental se ha caracterizado, quizás como la de ninguna otra tradición del corpus marxista, por un marcado afán topográfico. Las intervenciones que han pretendido realizar un abordaje general de la experiencia marxista occidental se esforzaron por construir unos criterios y parámetros que permitieran configurar un mapa de dicha tradición. Como todo trabajo de mapeo, la representación del marxismo occidental estuvo acompañada por la delimitación de unas fronteras que habilitaban la exclusión de los extranjeros, y hacia su interior, de unos límites que posibilitaban el agrupamiento de los naturales en diferentes regiones. En este sentido, el hecho de que la historia del marxismo occidental haya priorizado el establecimiento de fronteras y límites dotó al conjunto de trabajos dedicados a la reconstrucción de esta tradición del marxismo contemporáneo de un tono a la vez polémico y prescriptivo.

Mencionado por primera vez en la década de 1920 por Korsch en *Marxismo y filosofía* en el marco de los ataques del marxismo soviético contra su obra y la de Lukács, el término marxismo occidental ingresó al vocabulario marxista en la década de 1950 a partir de *Aventuras de la dialéctica* de Merleau-Ponty, quien lo utilizaba para nominar un corpus marxista desarrollado en oposición al dogmatismo soviético. Sin embargo, la intervención fundamental en la configuración del marxismo occidental la constituyó el libro de Perry

Anderson *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, editado en Inglaterra en 1976. El debate abierto por la obra de Anderson se prolongó tanto en su trabajo de comienzos de la década de 1980 *Tras las huellas del materialismo histórico* como en intervenciones realizadas en el marco del marxismo estadounidense. Entre éstas, los libros *Dialectic of Defeat. Contours of Western Marxism* de Russell Jacoby, publicado en 1981, y *Marxism and Totality. The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas* de Martin Jay, editado en 1984, se destacaron tanto por su sistematicidad en el tratamiento del marxismo occidental como por su impacto en las discusiones en diferentes espacios del universo marxista.<sup>1</sup>

En sintonía con la lúcida afirmación de Merleau-Ponty de que las directrices de la historia intelectual desarrollada al interior de la cultura marxista nunca son azarosas sino que, al contrario, son detectoras de la realidad comunista, este trabajo pretende abordar la historia del marxismo occidental como indicativa de las encrucijadas del marxismo anglo-estadounidense. En este sentido, intentaremos delimitar las mediaciones generadas en las reconstrucciones del marxismo occidental entre los criterios y parámetros que guían la configuración de dicha tradición y los modos en los cuales los autores de estas reconstrucciones se posicionaron frente a la teoría marxista y la política comunista en los contextos en los que estaban insertos.<sup>2</sup>

Al respecto, veremos cómo la topografía del marxismo occidental establecida por Anderson se estructuró en el marco del balance pos-1968 de la trayectoria del marxismo inglés y se modificó a comienzos de la década de 1980 a partir del giro eurocomunista y el impacto del estructuralismo en Europa occidental y una lectura optimista del desarrollo del marxismo en Estados Unidos. Del mismo modo, analizaremos cómo las reconstrucciones de la tradición marxista occidental realizadas por Jay y Jacoby se articularon con los procesos de academización del marxismo, consolidación del posestructuralismo y repliegue intelectual desarrollados al interior de la cultura de izquierdas estadounidense en las décadas de 1970 y 1980.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Abordajes de problemas específicos del marxismo occidental, en Anderson, K. (1995), Arato y Breines (1986 [1979]) y Van der Linden (2007 [1989]).

<sup>2</sup> Un síntoma del carácter anglo-estadounidense de la preocupación por el marxismo occidental lo constituyó la discusión generada en torno a *Consideraciones...* en la revista *Telos* apenas editado el libro de Anderson. Esta polémica, en la cual intervinieron Jay (1977), Paul Piccone (1976-1977) y Andrew Arato (1977), anticipó los problemas explicitados posteriormente en las obras de Jay y Jacoby.

<sup>3</sup> En tanto la importancia de la obra y la trayectoria de Anderson ha merecido la atención de importantes trabajos de historia intelectual (Blackledge 2004 y Elliott 2004 [1998]), este trabajo tiene una estructura necesariamente desbalanceada. Si en la sección dedicada a Anderson, nos apoyamos en dicha bibliografía, especialmente la completísima reconstrucción realizada por Elliott, las aproximaciones a las obras de Jay y Jacoby resultan más descriptivas e introductorias. Del mismo

## II.

El hecho de que el libro de Anderson haya constituido el inicio de una tradición polémica en torno al marxismo occidental obedece, en parte, a un conjunto de acontecimientos fortuitos. Escrito originariamente en 1974, el texto había sido pensado como la introducción a un volumen colectivo sobre diversos autores del marxismo europeo. Desaparecida al poco tiempo la editorial que había encargado el volumen, el texto fue finalmente publicado en forma de libro por New Left Books en 1976. A pesar de que su propio autor reenviaba hacia esta peculiaridad algunos de los problemas que presentaba el libro -“*estas circunstancias explican algunas de las anomalías del trabajo que aquí presentamos*” (Anderson 1979 [1976], 1)-, el hecho de que el texto haya tenido su origen en un abordaje general del marxismo occidental contribuyó a que esta intervención se convirtiera en el comienzo de una discusión sin precedentes en la historia de los estudios marxistas.

A través de un procedimiento estructurado en cierto “*formalismo analítico*” (Elliott 2004 [1998], 170), la lectura andersoniana se dirige a la delimitación de las estructuras formales del marxismo desarrollado en Occidente luego de la Revolución rusa. De este modo, marxismo occidental remite a una tradición intelectual que va “*desde Lukács hasta Gramsci, desde Sartre hasta Althusser, desde Marcuse hasta Della Volpe*” (Anderson 1979 [1976], 1) y que posee cierto cuerpo teórico y determinadas coordenadas estructurales que hacen posible agrupar a los mencionados autores en una unidad más allá de sus diferencias. El énfasis en los elementos estructurales del marxismo occidental conlleva, por lo tanto, una primacía del balance histórico de dicha tradición por sobre las peculiaridades de las obras y las intervenciones políticas de cada uno de los teóricos que la conforman.

Esta primacía obedecía, asimismo, a los itinerarios del propio Anderson y a los modos a través de los cuales éste y la experiencia de la *New Left Review* concebían la relación entre el marxismo británico y la tradición marxista continental. Anderson le otorgaba a la intervención citada en *Consideraciones...* la posibilidad de ejercer un balance del trabajo desarrollado por la *New Left Review* desde fines de la década de 1960 en pos de difundir las corrientes del marxismo continental en Inglaterra. De esta forma, la lectura del marxismo occidental realizada a mediados de la década de 1970 es presentada como un punto de llegada del camino iniciado en 1968 con la mirada negativa de la cultura británica y la postulación de

---

modo, mientras que Anderson es una figura ampliamente conocida en el mundo hispanoparlante y su obra ha sido editada en castellano, el libro de Jay analizado aquí y la totalidad de la obra de Jacoby permanecen sin ser traducidos. Las traducciones de los pasajes aquí citados son nuestras.

la tradición marxista continental como un camino a seguir para cubrir el déficit de la cultura nacional (Anderson 1977 [1968]).

El final de ese recorrido, en el cual New Left Books había editado textos de marxistas italianos, franceses y alemanes, y *New Left Review* había intervenido en la cultura inglesa a través de los esquemas interpretativos deudores de la tradición occidental, se caracterizaba, según Anderson, por la advertencia de que la distancia entre el marxismo británico y la tradición continental era menor de la originalmente diagnosticada: “*fue el producto de una conciencia cada vez mayor de que la herencia de la cual había carecido Gran Bretaña, en detrimento suyo, faltaba también en algunas de las características clásicas del materialismo histórico*” (Anderson 1979 [1976], 2). Esta relectura de la trayectoria del marxismo europeo implica, en el itinerario de Anderson, la subsunción de la cultura marxista británica en el conjunto de la tradición marxista occidental y una revalorización del marxismo clásico, operaciones que le otorgan su carácter distintivo a la topografía andersoniana del marxismo occidental.

Así, la historización realizada por Anderson procede a una delimitación espacio-temporal al interior de la tradición marxista en la cual el marxismo occidental es portador de ciertas coordenadas estructurales que se presentan como innovadoras frente a la tradición clásica. Esta última aparece como una unidad frente a las tradiciones continentales del marxismo de la segunda mitad del siglo XX, por lo cual las transformaciones y transferencias entre las primeras generaciones marxistas son dotadas de un espesor menor que aquellas que la diferencian *in toto* de sus sucesores. La reconstrucción realizada en *Consideraciones...* ubica en las transformaciones de mitad del siglo XX un quiebre propiciador de las mutaciones anteriores operadas en la tradición marxista, entre las cuales Anderson recorta el desplazamiento hacia las regiones orientales de Europa y la sistematización del materialismo histórico realizado por la generación de Labriola, Mehring, Kautsky y Plejánov, y la consolidación de la Europa oriental y central, la influencia en los partidos nacionales y el análisis económico y político de la generación de Lenin, Luxemburg, Hilferding, Trotsky, Bauer, Preobrazhenski y Bujarin.

Es el “*universo alterado*” (Anderson 1979 [1976], 36) de la segunda posguerra, caracterizado por la estabilización del sistema parlamentario en el mundo capitalista y la consolidación de regímenes burocráticos en el campo socialista, el que delinea en la historización andersoniana los parámetros fundamentales de la configuración nominada como marxismo occidental. La posibilidad de agrupar bajo una misma denominación a un conjunto de marxistas europeos de la segunda mitad del siglo XX obedece a la convergencia entre un

viraje generacional y uno geográfico al interior de la tradición marxista. La lectura de Anderson enfatiza el hecho de que las figuras que comenzaron a ocupar los principales espacios en el campo marxista europeo de la posguerra se hayan formado políticamente en el contexto signado por el avance del fascismo y la Segunda Guerra mundial y que provengan de las regiones más occidentales de Europa. Son estas coordenadas las que delimitan la famosa tabulación utilizada en *Consideraciones...*:

Lukács	1885-1971	Budapest
Korsch	1886-1961	Todstedt (West Saxony)
Gramsci	1891-1937	Ales (Sardinia)
Benjamin	1892-1940	Berlin
Horkheimer	1895-1973	Stuttgart (Swabia)
Della Volpe	1897-1968	Imola (Romagna)
Marcuse	1898	Berlin
Lefebvre	1901	Hagetmau (Gascony)
Adorno	1903-1969	Frankfurt
Sartre	1905	Paris
Goldmann	1913-1970	Bucharest
Althusser	1918	Birmandreis (Algeria)
Colletti	1924	Rome

El rasgo distintivo del conjunto de teóricos y tradiciones que confluyen en el marxismo occidental es “*el divorcio estructural entre este marxismo y la práctica política*” (Anderson 1979 [1976], 41). En este sentido, Lukács, Korsch y Gramsci representan tanto la continuidad con las generaciones marxistas anteriores como el comienzo de las líneas directrices del marxismo occidental: teóricos marxistas atados a la práctica de masas del proletariado occidental que terminan sus vidas en la cárcel, el aislamiento o el exilio en un contexto histórico cada vez más hostil a la atadura entre teoría y práctica del marxismo clásico. Efectos restrictivos del fascismo y del comunismo por un lado y consolidación del capitalismo por el otro, el marxismo occidental moldea unos modos de intervención intelectual alejados de aquella que había caracterizado a las primeras generaciones de marxistas. Así, Anderson repasa el vínculo problemático de Althusser con el Partido Comunista, la independencia intelectual de Sartre y Marcuse y la renuencia a la adhesión política de Adorno. La ausencia de una política revolucionaria en Occidente y la corrupción de la revolución en las regiones central y oriental de Europa determinaron las derivas de los marxistas occidentales en sus respectivos países. Si la característica principal del marxismo

occidental es el divorcio entre teoría y práctica, el marxista inglés revela su rasgo oculto: este marxismo es “*un producto de la derrota*” (Anderson 1979 [1976], 57).

Es precisamente sobre esta característica oculta del marxismo occidental que Anderson hace descansar los cambios formales inherentes a dicha corriente del marxismo contemporáneo: abandono de la teoría marxista de las estructuras económicas y políticas y desplazamiento hacia la filosofía, traslado desde los ámbitos partidarios hacia los círculos académicos, pérdida de interés en el público proletario y predominio de un lenguaje especializado e inaccesible, sustitución de la relación entre la teoría marxista y el movimiento revolucionario proletario por un vínculo entre teoría marxista y teoría burguesa y una búsqueda filosófica más allá de Marx, y falta de internacionalismo y una consecuente contracción a los espacios nacionales. Asimismo, la reconstrucción andersoniana remite al factor *derrota* las innovaciones temáticas que presenta el corpus del marxismo occidental: concentración en el estudio de las superestructuras, desarrollo de concepciones novedosas al interior de la tradición marxista y elaboraciones teóricas marcadas por un persistente pesimismo.

El otorgamiento de un carácter negativo a lo “occidental” y la revalorización de la tradición clásica del marxismo que operan a lo largo de *Consideraciones...* se producen de forma simultánea al rescate por parte de Anderson del legado trotskista. El Anderson de mediados de los '70, en pleno “*paso en dirección al trotskismo*” (Elliott 2004 [1998], 172), acompaña la asimilación entre marxismo británico y marxismo occidental con una operación análoga en la cual la tradición trotskista es presentada como la única continuación legítima del marxismo clásico. La lectura andersoniana procede a un rescate tanto del mismo Trotsky como de los teóricos inscriptos en la tradición por él inaugurada, Deutscher, Rosdolsky y Mandel, los cuales son presentados en un “*contraste polar*” (Anderson 1979 [1976], 123) con los marxistas occidentales: se concentraron en la política y en la economía, fueron internacionalistas, escribieron en un lenguaje claro y mantuvieron el vínculo entre la teoría y la práctica revolucionaria aún a costa de ser perseguidos y desterrados.

La coyuntura pos-1968 es advertida por Anderson como la inflexión histórica que permitiría revertir el divorcio entre teoría y práctica característico de la tradición marxista occidental. La sucesión de conflictos en el mundo capitalista industrial –Francia 1968, Italia 1969, Inglaterra 1972, Japón 1973-, catalogada como una ola insurreccional, era concebida como un movimiento de masas que abría la posibilidad de recrear la situación en la cual los fundadores del materialismo histórico habían establecido la fusión entre teoría y práctica revolucionaria. Asimismo, Anderson descrea de las reacciones de algunos representantes del

marxismo occidental frente a la nueva coyuntura, en tanto el único cambio, como en los casos de Althusser y Sartre, habría sido el cambio del foco de atracción de la URSS hacia China. Lo que sí es evidente para Anderson, es que los desafíos que le presenta al marxismo la revolución en el mundo capitalista -¿cuál es la naturaleza de la democracia burguesa? ¿qué estrategia revolucionaria seguir? ¿qué forma tendría la democracia socialista?- no serán respondidos si el marxismo no penetra en sus fortines más avanzados:

*...puede decirse con alguna seriedad que hasta que no domine el terreno de los Estados Unidos e Inglaterra –respectivamente los países de la clase imperialista más rica y la clase obrera más vieja del mundo- el marxismo no habrá medido sus fuerzas con la amplia gama de problemas que le plantea la civilización del capital en la segunda mitad del siglo XX (Anderson 1979 [1976], 127).*

En 1983, la lectura andersoniana del marxismo occidental dará un último giro, el cual adelantará la mayor parte de las discusiones que se darán en el contexto estadounidense en la década de 1980. En este sentido, las conferencias pronunciadas ese año en la Universidad de Irvine, compiladas en el volumen *Tras las huellas...*, operan a modo de balance de las previsiones esbozadas unos años antes en *Consideraciones...*. En primer lugar, Anderson certificaba el final de la experiencia del marxismo occidental, la cual era ejemplificada con el desarrollo de las investigaciones marxistas sobre las leyes capitalistas –Mandel, Braverman, Aglietta-, problemas conceptuales y metodológicos –Morishima, Steedman, Roemer, Lippi, Krause-, las estructuras del Estado capitalista –Poulantzas, Miliband, Offe, Therborn-, la estratificación en la sociedad capitalista –Wright, Carchedi, Baudelot, Establet- y los Estados poscapitalistas del Este –Bahro, Nuti, Bruss-. A modo de aclaración, si bien decretaba que se había producido una “verdadera ruptura topográfica” (Anderson 1986 [1983], 23) entre el marxismo occidental y esta nueva constelación de estudiosos, el marxista inglés advertía que aquella tradición pervivía en alguno de estos autores ya que muchos de ellos habían sido influenciados por teóricos del marxismo posclásico: Althusser en el caso de Poulantzas, Therborn, Aglietta, Wright, Baudelot y Establet; la Escuela de Frankfurt en Braverman y Offe; y Della Volpe en Cardechi.

El énfasis mayor en relación al agotamiento de la experiencia marxista occidental se dirigía, en el diagnóstico andersoniano, a la advertencia de que aquel deseo de que el marxismo penetrara en las regiones más avanzadas del mundo capitalista, finalmente se estaba cumpliendo. Anderson diagnosticaba un desplazamiento geográfico de la teoría marxista que implicaba tanto el declive de la Europa occidental como el auge del mundo angloparlante. Así, a comienzos de la década de 1980, la advertencia de que, lejos de los pronósticos de *Consideraciones*, la unión entre teoría y práctica entre los marxistas europeos se producía en

dirección a la política eurocomunista, estaba acompañada de una reterritorialización de la mirada andersoniana, “*a partir de ahora en la Costa Oeste*” (Elliott 2004 [1998], 179). Es este sentido, *Tras las huellas* daba cuenta de la consolidación de la historiografía marxista en Inglaterra –Hill, Hobsbawm, Thompson, Rudé, Hilton, Kiernan, de Ste. Croix- pero especialmente de una importante cultura marxista en Estados Unidos, tanto en su vertiente historiográfica –Genovese, Foner, Montgomery, Brenner, Abraham- como en otras dimensiones de la intervención teórica –Wallerstein y Skocpol y la sociología histórica, O’Connor y la economía política, Lasch y la crítica cultural-.

Finalmente, tanto la deriva eurocomunista de los marxistas occidentales como el desafío planteado a la tradición marxista por el estructuralismo y el posestructuralismo implican una corrección de la topografía del marxismo occidental esbozada a fines de la década de 1970: “*la ausencia de toda referencia a Habermas en Consideraciones sobre el marxismo occidental fue, en realidad, un grave error de apreciación*” (Anderson 1986 [1983], 69). Adjudicada a las reacciones de Habermas frente a la coyuntura de 1968 y al peso del pragmatismo y la teoría de la acción en su obra, dicha ausencia es reparada por Anderson en tanto la empresa habermasiana es concebida, frente a la corriente estructuralista, como una sostenedora de los ideales y valores de la Ilustración y del valor del análisis estructural del capitalismo contemporáneo, y frente al giro eurocomunista de los teóricos marxistas occidentales, como una fiel continuadora del legado de Marx.

### III.

El abordaje del marxismo occidental realizado por Jay da cuenta, desde el comienzo de su trabajo, de lo problemático que resulta acometer dicha tarea: “*There are no easy ways to map the rugged and shifting terrain of the intellectual territory known as Western Marxism*” [No hay maneras fáciles de mapear el escarpado y movedido terreno del territorio intelectual conocido como marxismo occidental] (Jay 1984, 1). Así aparece delimitada una historia de los modos de llevar a cabo este mapeo, en el cual la intervención de Anderson es presentada como un evidente parteaguas. El repaso realizado por Jay de los límites y los rasgos predominantes asignados al marxismo occidental remite, en primer lugar, a un sentido común creado a partir de las afirmaciones de Merleau-Ponty, en el cual esta tradición es identificada como una corriente marxista subterránea que mantiene el carácter emancipatorio y libertario frente al dogmatismo soviético. En este sentido común prevaleciente hasta fines de la década de 1970, las coordenadas que operaban en la topografía del marxismo occidental eran la oposición al fatalismo economicista de la Segunda Internacional y al voluntarismo



vanguardista de la Tercera y la vinculación con la herencia hegeliana. De allí que esta categoría remitiera, especialmente, a los teóricos de la primera posguerra –Lukács, Gramsci, Korsch, Bloch-, la Escuela de Frankfurt –Horkheimer, Adorno, Marcuse, Lowenthal, Benjamin-, los marxistas hegelianos franceses –Lefebvre, Goldmann- y los marxistas existencialistas –Sartre, Merleau-Ponty-. También, eventualmente, a teóricos como Brecht, Reich y Fromm, a los comunistas consejistas, a los marxistas franceses de *Arguments*, a la segunda generación de la Escuela de Frankfurt – Habermas, Schmidt- y a otros como Sonh-Rethel, Kofler, Jakubowsky, Lefort y Castoriadis.

La sistematización realizada por Anderson en *Consideraciones...* aparece en la obra de Jay como la referencia ineludible a los fines de avanzar sobre la topografía del marxismo occidental, tanto por la inclusión que realizaba de los críticos anti-hegelianos del marxismo humanista como por la controversia generada a partir de la edición del libro. En términos generales, Jay suscribe la mayor parte de las características delimitadas por Anderson en su configuración del territorio del marxismo occidental: desplazamiento hacia las regiones occidentales de Europa, convencimiento de que una revolución socialista genuina sólo podría triunfar en la sociedad capitalista avanzada, repudio del legado de la Segunda Internacional, dificultad para unificar la teoría y la práctica, marcado pesimismo, importancia de la crítica cultural, apertura a explicaciones psicoanalíticas, gran fecundidad creativa, relaciones ambivalentes con los destinatarios de sus obras, naturaleza elitista de sus escritos, poco interés por divulgar la teoría y aislamiento de las masas. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en la intervención andersoniana, el trabajo de Jay no intenta establecer unos parámetros estrictos que determinen la pertenencia o la exclusión a dicha tradición. En este sentido, Jay le objeta a Anderson, por ejemplo, el no tratamiento de los itinerarios teóricos y políticos de Bloch, Reich, Habermas y los marxistas ingleses como pertenecientes a la experiencia del marxismo occidental.

Remitiendo a la noción wittgensteiniana de “parecidos de familia”, la propuesta de Jay se dirige a proyectar al marxismo occidental en un “*enlarged camp*” [campo ampliado] (Jay 1984, 4), en el cual la entidad colectiva no está determinada necesariamente por un conjunto de requisitos a cumplir y los integrantes de dicho espacio pueden ser concebidos a modo de hermanos o primos de una familia extendida. La agrupación de una serie de teóricos alrededor de la categoría marxismo occidental está plenamente justificada, en la mirada de Jay, por el modo en el que quedan minimizadas diferencias que parecen abismales, como la que enfrenta a neo-hegelianos y anti-hegelianos, cuando todos ellos son comparados con otras corrientes

de la tradición marxista, como la social-democracia, el austro-marxismo, el stalinismo, el trotskismo o el maoísmo.

La originalidad de la intervención de Jay consiste en la postulación del concepto de “totalidad” como elemento prioritario para la exploración del marxismo occidental. Adjudicado a la relación marginal que los intelectuales marxistas occidentales mantuvieron tanto con su clase como con la clase a que pretendían vincularse, el privilegio otorgado a la totalidad es concebido como una guía que posibilita un rodeo de las polémicas recurrentes alrededor del marxismo occidental. Así, el trabajo de reconstrucción de los modos que adquiere el concepto de totalidad en los diferentes pensadores de la tradición marxista occidental y de las querellas que se generan en torno a aquel entre éstos, ofrece, según Jay, un atajo al abordaje del marxismo europeo contemporáneo en clave de las categorías habituales, como praxis, subjetividad o dialéctica, o de las clásicas dicotomías marxismo hegeliano/anti-hegeliano o marxismo científico/crítico. El concepto de totalidad deviene, de esta manera, en el mejor instrumento de exploración: *“it is to the concept of totality that we can look for a compass to help us traverse the vast and uncharted intellectual territory that is Western Marxism”* [es al concepto de totalidad al que podemos recurrir como una brújula que nos ayude a atravesar el vasto e inexplorado territorio intelectual que es el marxismo occidental] (Jay 1984, 14). Queda establecido, así, el siguiente itinerario:

- |  |  |
|--|--|
| 1. The Discourse of Totality Before Western Marxism                        | 9. Henri Lefebvre, the Surrealists and the Reception of Hegelian Marxism in France |
| 2. Georg Lukács and the Origins of the Western Marxist Paradigm            | 10. Totality and Marxist Aesthetics: The Case of Lucien Goldmann                   |
| 3. The Revolutionary Historicism of Karl Korsch                            | 11. From Totality to Totalization: The Existentialist Marxism of Jean-Paul Sartre  |
| 4. The Two Holisms of Antonio Gramsci                                      | 12. Phenomenological Marxism: The Ambiguities of Maurice Merleau-Ponty's Holism    |
| 5. Ernst Bloch and the Extension of Marxist Holism to Nature               | 13. Louis Althusser and the Structuralist Reading of Marx                          |
| 6. Max Horkheimer and the Retreat from Hegelian Marxism                    | 14. Scientific Marxism in Postwar Italy: Galvano Della Volpe and Lucio Colletti    |
| 7. Anamnestic Totalization: Memory in the Thought of Herbert Marcuse       | 15. Jürgen Habermas and the Reconstruction of Marxist Holism                       |
| 8. Theodor W. Adorno and the Collapse of the Lukácsian Concept of Totality |  |

La prioridad otorgada por Jay al concepto de totalidad y la consecuente delimitación del espacio del marxismo occidental se articulaba con el proceso de asimilación de dicha tradición por parte del marxismo estadounidense y con los modos en los cuales algunas figuras de este último leían críticamente dicho proceso. Si el marxismo occidental había

abandonado progresivamente el terreno de la política revolucionaria, su absorción por parte del marxismo estadounidense era revisado de forma retrospectiva como un proceso problemático en tanto éste había atravesado un proceso aún más radical que el de su par transatlántico. Al respecto, Jay da cuenta del proceso a través del cual la academización del marxismo acaecida en cultura estadounidense implicó una recepción del marxismo occidental limitada únicamente al plano de la teoría:

*“the tradition of Western Marxism has come alive to me not through its concrete embodiments in movements, mass or otherwise, for radical social change, but rather through a dispersed cultural community of radical (and now formerly radical) intellectuals”* [la tradición del marxismo occidental cobró vida para mí no a través de su encarnación en movimientos de cambio social, sean de masas o de otro tipo, sino a través de una dispersa comunidad cultural de intelectuales (hoy ex-) radicales] (Jay 1984, 18).

Así Jay intenta revelar que lo que es concebido a comienzos de la década de 1980 como una generación de marxistas heterodoxos en Estados Unidos, es producto en gran medida de la absorción de la tradición marxista occidental y de su dimensión más problemática, esto es, el divorcio entre teoría marxista y práctica revolucionaria. Si la constelación del marxismo ortodoxo de filiación soviética se había mostrado inapropiada para la realidad estadounidense, el trabajo crítico realizado por revistas como *Telos*, *New Left Review*, *Theory and Society*, *New German Critique* y *Marxists Perspectives* y teóricos como Arato, Aronowitz, Breines, Buck-Morss, Jacoby, Dallmayr, D’Amico, Jameson, Kellner, Lunn, Piccone, Poster y Wolin consolidó la articulación entre la academización del marxismo típica de la cultura marxista estadounidense y el factor derrota propio de la tradición marxista occidental. En la historización realizada por Jay, se advierten críticamente los movimientos generados entre los marxistas estadounidenses a partir de la clausura de la experiencia marxista occidental durante la década de 1970, en tanto, si bien, la mayoría de ellos no experimentó una defección al estilo *nouveaux philosophes*, fue cada vez más perceptible el acercamiento a la tradición posestructuralista y deconstruccionista.

La reacción de Jay frente a este acercamiento era evidente tanto en la inclusión del capítulo sobre Habermas y su proyecto de reconstrucción del holismo marxista como en el epílogo del libro, sugerentemente titulado *“The Challenge of Post-Structuralism”* [El desafío del posestructuralismo]. En este sentido, *Marxism and Totality...* se centra en el relevo que se produce en la cultura marxista estadounidense entre una red conceptual deudora de las tradiciones fenomenológica, existencialista, hegeliana y estructuralista, y otra configurada a partir del posestructuralismo. Así, la clausura de la experiencia marxista occidental se articula

en el marxismo estadounidense con la recepción de la constelación posestructuralista -Derrida, Foucault, Lacan, Barthes, Deleuze, Lyotard, Kristeva, Sollers, Bataille, Blanchot y Klossowski- y la imposición de un lenguaje –juego de deseos, diferencia, repetición, desplazamiento- que pocos años antes hubiese sido repudiado en nombre de un discurso de la totalidad. Rescatando únicamente unos pocos casos -el Jameson de *The Political Unconscious* y el Jacoby de *Dialectic of Defeat*-, la lectura de Jay se detiene críticamente sobre aquellos intelectuales marxistas que rápidamente se acomodan bajo el paraguas del anti-holismo posestructuralista y denostan a aquellos que, como Habermas, intentan reconstruir el discurso marxista de la totalidad.

La defensa de Jay de este tipo de esfuerzos está estrechamente vinculada al modo en cómo era concebido a comienzos de la década de 1980 la penetración de la obra de Foucault en Estados Unidos. Al respecto, si bien Jay remarca que el posestructuralismo entraña un potencial político de corte anarquista o neo-marxista, advierte que esta tradición teórica también contiene “*the seeds of quietistic politics*” [las semillas del quietismo político] (Jay 1984, 517). Si se percibía que el posestructuralismo podía acarrear posiciones políticas conservadoras, la recepción de la obra de Foucault se presentaba como especialmente problemática, en tanto éste era un autor que provenía del marxismo occidental y que resignificaba elementos de esta tradición en una dirección anti-marxista. Frente a esta relación de continuidad con la tradición marxista occidental, Jay procede a una operación análoga a la de Anderson: la reivindicación del proyecto habermasiano. En el caso de Jay, Habermas es presentado como la figura diametralmente opuesta a la de Foucault, en tanto a diferencia de éste, el alemán intenta direccionar la herencia del marxismo occidental hacia una reconstrucción del holismo marxista sobre nuevas bases.

Del mismo modo, la configuración del territorio del marxismo occidental en torno al concepto de totalidad se articula con las percepciones de las transformaciones de las formas de intervención intelectual de los marxistas en las décadas de 1970 y 1980 y con las lecturas retrospectivas realizadas en dichas décadas de la experiencia comunista del siglo XX. En este sentido, todos los teóricos marxistas analizados en *Marxism and Totality...* aparecen formando parte de una unidad frente a los procesos de advenimiento del modelo foucaultiano de “intelectual específico” y abjuración del marxismo en nombre del *Gulag*. Si bien los procesos políticos más importantes de esos años se daban al interior de contextos nacionales o regionales –la debacle del maoísmo, la explosión del anti-modernismo islámico, el colapso del eurocomunismo-, la amenaza de una destrucción a nivel global torna insuficientes a los particularismos anti-holistas. Es esta convicción la que deriva en que la apuesta del marxismo

por un discurso de la totalidad, aún con sus contradicciones y sus dificultades, sea postulada por Jay como el horizonte deseable para un verdadero marxismo.

#### IV.

La delimitación de una topografía para el marxismo occidental en la intervención de Jacoby está estrechamente ligada a los modos en los que este autor concibe los factores *success* [éxito] y *defeat* [derrota] en la historia del marxismo contemporáneo. Si la pervivencia de la política stalinista y el predominio del marxismo soviético sobre otras expresiones de la tradición marxista son juzgadas de acuerdo al carácter incontrastable de la verdad histórica, ésto implicaría que el marxismo se plegó al discurso capitalista que oculta relaciones de dominación bajo la ideología del éxito y silencia experiencias derrotadas a través de la naturalización de la imposición de unos sobre otros. La lectura que hace Jacoby de estas dimensiones problemáticas de la tradición marxista conlleva un análisis sobre la forma en la cual el triunfo de las revoluciones rusa y china encandiló a generaciones de intelectuales marxistas, mientras que el fracaso de corrientes del marxismo europeo fue concebido como un signo de su inadecuación.

Con la convicción de que la derrota es resultado de una correlación de fuerzas, y no de las cualidades intrínsecas del sujeto derrotado, Jacoby le otorga a *Dialectic or Defeat...* la misión de desafiar el ethos del éxito que frenó el impulso crítico del marxismo y rescatar a un marxismo europeo que pocas veces conoció la victoria. El hecho de que la historia del marxismo occidental sea la historia de una derrota dota al trabajo de historización de esta tradición de una complejidad que no tiene la reconstrucción de otras corrientes del marxismo contemporáneo. En este sentido, Jacoby define a esta historia como “*the history of the murder of Rosa Luxemburg, the imprisonment of Antonio Gramsci, the exile of Karl Korsch, the flight of the Frankfurt School and the fate of countless Marxists who bucked the current and paid the price*” [la historia del asesinato de Rosa Luxemburg, el encarcelamiento de Antonio Gramsci, el exilio de Karl Korsch, la huida de la Escuela de Frankfurt y el destino de incontables marxistas que resistieron a la corriente y pagaron el precio] (Jacoby 1981, 4).

Si bien Jacoby delimita el mismo contexto y los mismos procesos históricos que Anderson para delimitar la tradición marxista occidental, es decir, la derrota de los movimientos revolucionarios europeos, la experiencia del fascismo y la consolidación de la política de socialismo en un solo país, la forma en la cual aparecen problematizados en su obra es divergente con la reconstrucción realizada por el marxista inglés. En este sentido, el balance del estadounidense se dirige a remarcar que el desplazamiento operado en el

marxismo occidental desde la crítica económica y política hacia el trabajo filosófico no sólo no implicó una retirada de dichos campos, sino que representó un avance en la reexaminación de la tradición marxista. De esta forma, Jacoby hace explícitas sus diferencias con la lectura andersoniana: el marxismo occidental no representa un desvío desafortunado del marxismo clásico, su extinción no es algo deseable y la postulación mítica de un marxismo heroico que armoniza filosofía, economía, ciencia y praxis no hace más que anular los pocos esfuerzos realizados de repensar el marxismo.

En este marco, el trabajo de Jacoby se dedica a repasar críticamente las bases sobre las cuales se estructura lo que aparece denominado en su obra como “*conformist marxism*” [marxismo conformista]. Este marxismo, que Jacoby ejemplifica a través de la obra de Althusser, es responsabilizado por haber acortado la distancia entre la crítica y la sociedad burguesa al hacer propia la creencia en la ciencia y el progreso. Al sucumbir a los encantos de los valores burgueses, el marxismo conformista habría privado a la crítica marxista de abordar dimensiones en las cuales el progreso presentaba rasgos problemáticos, como “*mass culture, leisure and urban life*” [la cultura de masas, el ocio y la vida urbana] (Jacoby 1981, 5). Siguiendo esta misma línea de análisis, el estadounidense remite a este acercamiento a los valores de la burguesía el hecho de que los intelectuales inscriptos en el marxismo conformista no puedan concebir que sus teorías quizás estén equivocadas y que ellas no siempre naufragan por culpa de la coyuntura en la cual están insertas.

Las coordenadas analíticas que guían la lectura de la historia del marxismo contemporáneo realizada por Jacoby conllevan la construcción de un mapa del marxismo occidental que se destaca por su originalidad. Al ser concebido como un esfuerzo de rescate de un marxismo inconformista y de impugnación de historias contemplativas de la derrota del marxismo occidental, el recorrido propuesto por Jacoby prioriza aquellos nombres y corrientes “*often slighted*” [a menudo ignorados], especialmente Anton Pannekoek y la escuela holandesa y Paul Levi y el comunismo alemán. La importancia otorgada por Jacoby al hecho de que estas tradiciones del marxismo contemporáneo hayan incorporado a sus preocupaciones teóricas y políticas el problema del impacto de la cultura y la ideología burguesas en la clase obrera, hace que el abordaje de las experiencias de Gramsci, Lukács, Sartre, Merleau-Ponty, Adorno, Marcuse y Horkheimer, entre otros, quede reducido a un repaso de sus obras y sus intervenciones político-intelectuales.

Lo que sí tiene un lugar destacado en el mapa del marxismo occidental construido por Jacoby es el lugar de las variantes de la herencia hegeliana en las diversas corrientes marxistas del siglo XX. Una primera aproximación se dirige a delimitar los modos a través de los cuales

la presencia del hegelianismo contribuyó a delinear las experiencias del marxismo contemporáneo: mientras el marxismo crítico obtuvo su coherencia e importancia en países donde pervivió la tradición hegeliana, como Italia y Alemania, los países donde el hegelianismo nunca arraigó o llegó de forma tardía, como Inglaterra, Francia y Estados Unidos, se caracterizaron por la dominación del marxismo ortodoxo y la imposibilidad de surgimiento de variantes críticas. Esta historización se complementa con un trabajo de demarcación de las dimensiones del hegelianismo que sentaron los cimientos para el desarrollo del marxismo en el siglo XX. De esta forma, Jacoby intenta demostrar que mientras el marxismo soviético se construye sobre las bases del hegelianismo científico, aquel de *Ciencia de la lógica*, que enfatiza la totalidad y la formalidad de la dialéctica, el marxismo occidental se desarrolla bajo la estela del hegelianismo histórico, el de *Fenomenología del espíritu*, inclinado hacia la historia, la subjetividad y la conciencia.

La representación del territorio abarcado por el marxismo occidental plasmada *Dialectic of Defeat...* está explícitamente vinculada con la lectura que hace Jacoby del mismo problema abordado por Anderson a comienzos de la década de 1980: el lugar del marxismo en Estados Unidos. Ahora bien, si el vínculo entre la reconstrucción histórica de la tradición marxista occidental y la prioridad otorgada a la consolidación de la crítica marxista en las sociedades capitalistas avanzadas es compartido en las intervenciones de Anderson y Jacoby, el diagnóstico que hace el estadounidense difiere radicalmente del realizado por el inglés. La lectura realizada por Jacoby intenta dar cuenta del modo a través del cual el proceso de absorción del marxismo por parte de la cultura burguesa se manifestaba en Estados Unidos en forma de una academización de la cultura marxista.

Al interior de este proceso de academización del marxismo, Jacoby destaca la transformación del marxismo en un objeto de consumo, fenómeno que afecta tanto a la teoría como a la práctica del universo marxista, y que es expresado con un inocultable pesimismo y una remarcable ironía:

*“It has fled the streets and factories for the halls and offices of the university. The struggle to publish replaces the class struggle. Academics jet to conferences to hawk competing brands of Marxism. A consumer’s guide is required to stay abreast of the offerings and the recalls: structural Marxism, semiotic Marxism, feminist Marxism, hermeneutical Marxism, phenomenological Marxism, critical Marxism...”* [huyó de las calles y las fábricas y se refugió en los salones y las oficinas de la universidad. La lucha por publicar reemplaza a la lucha de clases. Los académicos vuelan a conferencias a promocionar marcas de marxismo. Se necesita una guía del consumidor para estar al día de las ofertas y los saldos: marxismo estructural, marxismo semiótico, marxismo feminista, marxismo hermenéutico, marxismo fenomenológico, marxismo crítico...] (Jacoby 1981, 1).

Este diagnóstico de la situación del marxismo estadounidense, insinuado por Jacoby en *Dialectic of Defeat...*, adquirió una aproximación sistemática en su libro *The Last Intellectuals. American Culture in the Age of Academe*, editado en 1987. Allí Jacoby reconstruye la transformación que, a su entender, determinaba la vida intelectual estadounidense de la segunda mitad del siglo XX: la desaparición del intelectual de izquierda que tenía una presencia pública y pretendía intervenir más allá de los círculos intelectuales. De esta manera Jacoby daba cuenta de un proceso histórico iniciado en la década de 1960, en el cual el declive de la vida bohemia y la cultura urbana fue acompañado por el desplazamiento de la cultura de izquierda hacia los campus universitarios. Por ello, Jacoby aseguraba que los intelectuales estadounidenses nacidos a comienzos de siglo, como Charles Wright Mills, Edmund Wilson, Lewis Mumford, Sidney Hook, John Kenneth Galbraith, Norman Mailer y Gore Vidal, constituían la generación de los “*last intellectuals*” [últimos intelectuales], en tanto los intelectuales de las nuevas generaciones nunca intentaron apropiarse de la voluntad de intervención que había guiado a sus antecesores.

Jacoby, con el fin de analizar las derivas del marxismo al interior de este proceso general de declive de la figura de intelectual de izquierda que había predominado en la cultura estadounidense, vuelve al terreno de la ironía, tan iluminador de lo existente como nostálgico de lo que se perdió: si los revolucionarios chinos llevaron a cabo una larga marcha para alcanzar la revolución, la izquierda estadounidense se lanzó a una “*long march through the institutions*” [larga marcha a través de las instituciones] (Jacoby 2000 [1987], 140), al final de la cual se encontraron con la profesionalización académica. Este camino hacia la profesionalización implica para Jacoby tanto una privatización del conocimiento como una despolitización del intelectual, consecuencias que permitirían explicar los procesos de exclusión de intelectuales y experiencias editoriales marxistas difícilmente integrables a la cultura académica, los cuales son ejemplificados con la progresiva marginación de Piccone y la revista *Telos*. Asimismo, esta lectura crítica de la inserción académica de los intelectuales marxista está acompañada en el análisis de Jacoby por una culpabilización de estos intelectuales, en tanto el acercamiento al campus y a sus privilegios habría sido un camino concebido como una llegada a espacios de poder.

Finalmente, *The Last Intellectuals...* vuelve sobre la vinculación entre marxismo occidental y marxismo estadounidense problematizada en *Dialectic of Defeat...*. Al respecto, Jacoby se esfuerza en demostrar la interrelación entre el hecho de que la cultura marxista disidente en Estados Unidos “*has never been firmly established; it is diffuse, fragile, and regularly lost*” [nunca se ha consolidado firmemente; es difusa, frágil y ensimismada] (Jacoby



2000 [1987], 186) y que el marxismo estadounidense sea una tradición producto de la importación del marxismo europeo. En este sentido, la reconstrucción de Jacoby se detiene en la presencia de los referentes del marxismo occidental, como Lukács, Korsch, Gramsci, Horkheimer y Sartre, en la mayor parte de las producciones y ediciones del marxismo estadounidense. Si bien rescata unos pocos nombres –Stanley Aronowitz, Marshall Berman-, Jacoby encuentra en las intervenciones teóricas y políticas de los marxistas estadounidenses la proyección de las derivas del marxismo occidental, especialmente el lenguaje académico y el alejamiento de la esfera pública. En este tratamiento, el caso de Jameson aparece como paradigmático, en tanto su obra marxista más importante –*The Political Unconscious*- fue escrita para un público académico, el cual también encontró dificultades en su lectura, por lo que fue necesario editar al poco tiempo un trabajo que explicara dicha obra –*Jameson, Althusser, Marx: An Introduction to The Political Unconscious* de William Dowling-.

## V

Los últimos años de la década de 1970 y los primeros de la de 1980 se caracterizaron por el surgimiento de una serie de reconstrucciones históricas sobre diversos teóricos y corrientes del marxismo europeo del siglo XX. El hecho de que estos trabajos se hayan originado en Inglaterra y Estados Unidos nos permite analizar las mediaciones generadas entre la delimitación historiográfica del corpus del marxismo occidental y las experiencias del marxismo anglo-estadounidense. La delimitación del marxismo occidental como una unidad de autores y corrientes implicó tanto una mirada retrospectiva sobre la trayectoria del marxismo y la política comunista en el siglo XX como lecturas de los procesos intelectuales y políticos propios de los años 1970 y 1980. Así, los parámetros y criterios para la construcción de la historia del marxismo occidental estuvieron condicionados por fenómenos tales como la relación entre el marxismo británico y el marxismo continental, el balance de la experiencia comunista, la consolidación de la tradición posestructuralista, la academización del marxismo y la profesionalización de los intelectuales de izquierda.

En el caso de Anderson, su topografía del marxismo occidental está construida sobre las bases de un balance del trabajo realizado desde fines de la década de 1960 en pos de promover las corrientes del marxismo continental en Inglaterra. Dicha evaluación estaba acompañada por un convencimiento de que el marxismo posclásico tenía unas características comunes que compartían las tradiciones marxistas inglesa, alemana, francesa e italiana. La revalorización del marxismo clásico y la postulación del legado trotskista como horizonte deseable para el marxismo futuro implicaban la reunión de autores tan disímiles como

Lukács, Gramsci, Horkheimer, Sartre y Althusser bajo un mismo tópico: el divorcio entre la teoría marxista y la práctica política revolucionaria. La mirada negativa sobre la política eurocomunista y el paradigma estructuralista, así como la esperanza en el florecimiento del marxismo en Estados Unidos, redundaron a comienzos de la década de 1980 en una sentencia del agotamiento de la experiencia marxista occidental y en un rescate de empresa habermasiana.

La estructuración del mapa del marxismo occidental ofrecida por Jay propone la utilización de la brújula del concepto de totalidad para adentrarse en la densa historia del marxismo del siglo XX. La reconstrucción de las diversas expresiones del concepto de totalidad en teóricos del marxismo contemporáneo se articulaba con una lectura crítica de la difusión de particularismo anti-holistas y los ataques contra corrientes, como la habermasiana, que intentan permanecer bajo el paraguas de la totalidad. La preocupación de Jay se dirigía a delimitar los modos a través de los cuales la recepción del marxismo occidental en Estados Unidos implicó un reforzamiento del academicismo del marxismo estadounidense. En su trabajo, todos los autores pertenecientes a la tradición marxista occidental aparecen formando una unidad frente a la consolidación del “intelectual específico” foucaultiano y la deconstrucción del corpus marxista en nombre del totalitarismo del comunismo del siglo XX.

Finalmente, el mapa del marxismo occidental propuesto por Jacoby coincide en gran medida con las propuestas de Anderson y Jay, especialmente en relación a los procesos históricos que delinear las características generales de esta tradición y a los autores y corrientes que la componen. Sin embargo, Jacoby cuestionaba las formas en las cuales suelen ser concebidos el éxito y la derrota en el universo marxista y pretendía que su trabajo constituyera un rescate de corrientes subterráneas del marxismo del siglo XX, principalmente aquellas que resistieron la capacidad de absorción de la cultura burguesa y avanzaron sobre problemas como la cultura y la ideología. Esta reconstrucción se estructuraba en el marco general de la crítica de Jacoby a la academización del marxismo en Estados Unidos, el cual era concebido como un proceso de profesionalización del intelectual y despolitización de la teoría.

## Bibliografía

Anderson, Kevin (1995) *Lenin, Hegel and Western Marxism*. Chicago, University of Illinois Press.

Anderson, Perry (1977) [1968] *La cultura represiva: elementos de la cultura nacional británica*. Barcelona, Anagrama.

Anderson, Perry (1979) [1976] *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Siglo XXI, Madrid.

Anderson, Perry (1986) [1983] *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid, Siglo XXI.

Arato Andrew y Piccone, Paul (1977) "Reply to Jay". *Telos*, 32.

Arato, Andrew y Breines, Paul (1986) [1979] *El joven Lukács y los orígenes del marxismo occidental*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Blackledge, Paul (2004) *Perry Anderson, Marxism and the New Left*. Londres, Merlin Press.

Elliott, Gregory (2004) [1998] *Perry Anderson. El laboratorio implacable de la historia*. Valencia, Publicacions de la Universitat de València.

Jacoby, Russell (1981) *Dialectic of Defeat. Contours of Western Marxism*. Cambridge, Cambridge University Press.

Jacoby, Russell (2000) [1987] *The Last Intellectuals. American Culture in the Age of Academe*. Nueva York, Basic Books.

Jay, Martin (1974) [1973] *La imaginación dialéctica. Historia de la Escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social (1923-1950)*. Madrid, Taurus.

Jay, Martin (1977) "Further Considerations on Western Marxism". *Telos*, 32.

Jay, Martin (1984) *Marxism and Totality. The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas*. Berkeley, University of California Press.

Korsch, Karl (1971) [1923] *Marxismo y filosofía*. México D.F., Era.

Merleau-Ponty, Maurice (1957) [1955] *Las aventuras de la dialéctica*. Buenos Aires, Leviatán.

Piccone, Paul (1976-1977) "P. Anderson, *Considerations on Western Marxism* and S. Timpanaro, *On Materialism*". *Telos*, 30.

Van der Linden, Marcel (2007) [1989] *Western Marxism and the Soviet Union. A Survey of Critical Theories and Debates Since 1917*. Leiden, Brill.